

Alejandra Ciriza

Feminismo y política en dos encrucijadas históricas. II Parte. La crisis de la modernidad

Summary: *This is the second part of a paper that attempts to establish the articulation between feminism, as a theoretical and political discourse, and the constitution of women subject in two crossroads: mature modernity and its crisis.*

In the conditions of mature modernity, feminist discourse interpellates women appealing to the collation between feminist emancipation and equality of rights and liberties. Modernity crisis caused maladjustments inside that discourse. We not only promote equality, but also difference.

Resumen: *Esta es la segunda parte de un artículo que intenta establecer la articulación entre el feminismo, como discurso teórico y político, y la constitución del sujeto mujer en dos encrucijadas: la modernidad madura y su crisis.*

En las condiciones de la modernidad madura, el discurso feminista interpela a la mujer apelando a la colación entre la emancipación femenina y la igualdad de derechos y libertades. La crisis de la modernidad causó desajustes dentro de ese discurso. No solo promovemos la igualdad, sino también la diferencia.

La segunda oleada del feminismo se produjo en torno de una nueva encrucijada histórica, marcada por una serie de transformaciones en el campo de las condiciones materiales de existencia, de la política y del conocimiento. Bajo el signo de la crisis de la modernidad surge el nuevo feminismo, acerca de cuyos avatares teóricos y políticos trata este apartado.

La crisis de los sujetos políticos. El nuevo feminismo

El mayo francés marcaría un hito fundamental en la historia de los sujetos subalternos. Mayo que no sólo fue primavera parisina de estudiantes europeos, mayo que hallaría réplicas en el mundo entero, en las universidades masivas; mayo que, en nuestra América, prepararía a una generación entera para una década de auge de los movimientos populares.

El 68 francés no sólo fue un fenómeno relevante por su repercusión mundial, sino por lo que implicó respecto de la crisis de las modalidades típicamente modernas de la política. Las nuevas formas de la política, al plantear la no-exclusividad del estado como terreno privilegiado de la lucha por el poder, ponen en cuestión las identidades totalizantes constituidas sobre la base de la afirmación iterativa de lo mismo.

La lucha política ya no solo es enfrentamiento con el estado para la toma del poder político, sino lucha en los intersticios de la sociedad civil, no ya guerra de maniobras, sino guerra de posiciones¹.

La crisis de las identidades monolíticas, sean estas culturales o subjetivas, se manifiesta tanto en el nivel práctico-político como teórico. Señala Claude Lévi-Strauss: "El problema de la diferencia recorre nuestra época ... La diferencia de los sexos, la diferencia de la cultura y los códigos nacionales o regionales."²

La política moderna había estatuido el espacio público como lugar privilegiado de la lucha por el poder. Se trataba de hacer visibles los límites invisibles del mundo burgués, de poner de manifiesto sus fracturas y antagonismos. El modelo socialista

había invertido la lógica de la política burguesa delineando firmemente la frontera entre el socialismo en un solo país -la URSS a partir de la Revolución del 17- y el capitalismo. Su efecto simétrico sería el planteo de la estrategia revolucionaria como lucha de una clase privilegiada, portadora de la contradicción principal y aglutinada en torno de un partido que no sólo expresara la situación, sino la conciencia para sí de la clase obrera. Lo invisible se hacía visible, y las fronteras abolidas imaginariamente por el derecho burgués volvían a levantarse. El mundo del siglo XX es un mundo dividido en dos, con identidades monolíticas y excluyentes.³

La aceleración de la fragmentación -del proceso productivo, de las prácticas sociales- en el mundo burgués se haría cada vez más visible a partir de la emergencia de múltiples discursos de denuncia o de sospecha. Su correlato sería la crisis del modelo de frontera en cuyo interior se había enclaustrado el socialismo real. Sociedad sin fractura interna, dado que la revolución había marcado, junto con el fin de la lucha de clases, el fin de la contradicción.

Ambos modelos, el capitalista y el socialista, se asientan sobre una fuerte lógica de la identidad -unidad formal del mundo burgués- donde todos los sujetos son iguales ante la ley; unidad real del mundo socialista -donde todos los sujetos están realmente unificados por la desaparición de la lucha de clases.

En el ámbito de la política, la constitución de los sujetos se articulaba en discursos y prácticas que hacían hincapié en la homogeneidad, en los rasgos comunes que permitían la organización de partidos capaces de sintetizar los intereses particulares para volcarlos en el espacio homogéneo de la política. Precisamente en torno de la crítica de esta lógica se constituyen los nuevos sujetos sociales.

Si el mundo burgués había dividido lo público y lo privado; lo personal y lo político; la producción y la reproducción; y si los sujetos subalternos se había constituido en torno del intento de incorporación al mundo dominante suprimiendo sus diferencias en aras de la identidad con una historia -la única verdadera historia de la humanidad-; los nuevos sujetos sociales organizarán su discurso haciendo hincapié en lo periférico, no-codificado, olvidable para la lógica uniformante de la razón moderna. Lo reproductivo, lo privado, la sociedad civil devendrán nuevos espacios de lucha, sus lugares específicamente nombrados.

Esto no significa, obviamente, que estos lugares de constitución de las nuevas identidades sean lo otro radical respecto de la cultura dominante, sino los espacios de lo periférico, no totalmente codificado por los principios unificantes de la cultura de la clase hegemónica. La ideología de los sectores subalternos desplaza el principio de codificación desde lo central hasta lo periférico.⁴ Tampoco significa que esos contenidos periféricos prefiguren íntegramente la ideología alternativa, vista como un germen soterrado y reprimido, incólume a lo largo de la historia. Explica M. Pecheux: "Concebir de esta manera las ideologías dominadas ... es exponerse a atribuir a cada grupo socio-histórico 'su' ideología en cuanto transmundo sometido a la sola dominación externa, y cegarse ante el hecho de que es antes que nada dominación interna, es decir, una dominación que se ejerce primordialmente en la organización de las mismas ideologías dominadas."⁵ La ideología de los sectores subalternos es paradójica y fragmentaria, débilmente articulada, dado que su historia ha sido sometida al olvido y la dispersión. De la multiplicidad de fragmentos no ha de emerger una ideología totalmente armada y sistemática, como Atenea de la cabeza de Zeus. Por esto, inevitablemente, como señala Rossana Rossanda, "... la óptica femenina es también embrionaria, y por consiguiente de 'secta'; tal vez siendo como es, no se pueda generalizar. Pero es el síntoma de una necesidad generalizada. Las feministas son la señal de una crisis general de las relaciones en nuestra sociedad."⁶

La nueva oleada feminista avanza sobre la política a partir de la crisis de los sujetos políticos, en una marea de crítica a lo público como lugar privilegiado para la reformulación de reclamos. De allí el carácter paradójico de la expresión que las identifica: "Lo personal es político". Esto es, lo privado, lo separado de la esfera de lo decible en términos generales es también generalizable; la revolución no consiste en la toma del poder del estado, sino en la revuelta de aquello que, por inmediato, nos resulta más inadvertido: el silencioso y cíclico trajín de la vida cotidiana.

El problema de la organización de las bases materiales de la sociedad no solo reside en las relaciones de producción, sino en las modalidades de reproducción de los sujetos mismos.

Emerge una nueva forma de la política; "... el segundo feminismo debía buscar un principio distinto de identidad femenina. Y ahí sufre una oscilación: la de identificarse en la esfera separada

que les ha sido impuesta a las mujeres ... o sea el sector de la afectividad, de la corporeidad, de los sentidos, de la no-violencia ... o si no, la de rechazar esta identificación porque ... nace de alguna manera como proyección de la identidad del otro, fantasma complementario de la sexualidad masculina."⁷

El feminismo es síntoma y paradoja: nacido de y con la modernidad, el primer feminismo había apelado a la igualdad, categoría unificante de la razón ilustrada. En estos tiempos de crisis de la modernidad, el segundo feminismo se configura bajo el signo de la dispersión y la diferencia. De allí su carácter de síntoma, suspendido sobre los vacíos que ligaban la tradicional organización de la política.

La política moderna había supuesto la centralidad de las categorías de producción, historia progresiva y lineal, vida pública organizada en torno de la ley abstracta y del ejercicio de la representación. De ahí la centralidad del estado y del partido.

El nuevo feminismo, ligado a la emergencia de los nuevos sujetos sociales, situado en la crisis de una forma de racionalidad se ve en la necesidad de reformular teóricamente una serie de categorías, las que habitaban en la periferia de la política moderna. Por eso el nuevo feminismo es una crítica frontal e incisiva de la política tal como la modernidad la había entendido; pero, a la vez, su discurso se perfila sobre las determinaciones positivas que esa misma política había objetivado.

La intuición fundamental del nuevo feminismo se centra en torno de la interpretación de "... la dominación masculina sobre las mujeres como un fenómeno político ...".⁸ Esto es, sobre las relaciones de explotación y la línea de clases que fractura en dos la sociedad burguesa, es necesario dibujar una trama más compleja cuyo nudo se sitúa en el entrecruzamiento entre organización social y organización familiar. El nuevo nudo articula las relaciones de explotación en el mundo de la producción y las relaciones de opresión en el proceso de reproducción de la vida; indica el cruce entre lo social-común y lo personal-subjetivo.

De la complejidad de este cruce y sus bifurcaciones surgirá la riqueza, y a la vez la dificultad del nuevo feminismo. Si las relaciones determinantes fueran las de producción, el socialismo real habría provocado la extinción de la cuestión femenina. Si la paulatina incorporación de las mujeres al mundo público-trabajo y política- fuera lo determinante, la familia nuclear, como espacio separado de reproducción de la vida, se habría esfumado en

las sociedades industriales avanzadas. Sin embargo, la humanidad no avanza inexorablemente en el espacio moderno de la historia progresiva y lineal. Ni hacia la recuperación de la esencia misma alienada, ni hacia el logro de la igualdad. Los tiempos de la historia no están sincronizados, y las contradicciones no parecen resolverse en un sistema jerárquico de relaciones antagónicas, sino más bien en un sistema de contradicciones múltiples. El ejemplo histórico de lo sucedido en la URSS así parece indicarlo. "Ya a finales de los años 20 aparece claro en la Unión Soviética el brusco frenazo en el proceso de transformación de las relaciones familiares, intersexuales, intergeneracionales ... El mito de la productividad en la fábrica, en la familia, en la educación ahogó todo intento de cultura - de humanidad- alternativa."⁹

El feminismo ha caracterizado la subalternidad femenina bajo la categoría de patriarcado, en cuanto conjunto de relaciones ligadas al control del proceso de la reproducción humana por parte del género masculino. El patriarcado se vincula, por una parte, con la regulación de la sexualidad a través del conjunto de permisiones-prohibiciones que organizan el sistema del parentesco en cada sociedad; y por la otra con el proceso global de la reproducción social. La organización familiar garantiza la continuidad de la sociedad pues genera, mantiene y educa a cada sujeto particular hasta su ingreso en el mercado de trabajo. El patriarcado mienta, por una parte, la relación con la sexualidad, lo personal, la constitución del sujeto en la relación parental, y por otra se liga al conjunto de las relaciones sociales propias del modo de producción de una sociedad dada. Es a la vez un dispositivo material y simbólico; ligado al orden público y al privado; personal y político. De ahí que, aunque sumamente equívoca, constituya una categoría sobre la cual es preciso detenerse, dado su carácter de síntoma.¹⁰

Las dificultades teóricas derivan del resquebrajamiento de la unidad de la razón teórica. Si el discurso racional permite completar los intervalos, construye puentes y franquea cortes, es porque opera sobre un espacio unitario que posibilita el transporte. Producida la crisis de la razón, el discurso será sutura, esto es, unión precaria por donde se cuele la excedencia, intento de producir una nueva forma de ligadura entre lo que se ha resquebrajado, mostrando la posibilidad de reorganización y desplazamiento de otras categorías, la centralidad de lo periférico, o el

descentramiento de lo que antes era, indudablemente, central. En las ciencias humanas, la crisis de la historia teleológica y universal produce un efecto de dispersión.¹¹

La interpretación que los distintos sectores del feminismo han hecho del patriarcado constituye un síntoma de la imposibilidad de unificación de los sujetos a partir de interpelaciones de género.

Si el patriarcado, como sistema de subordinación genérica es ligado al capitalismo como sistema de subordinación de clases, la opción política será el feminismo socialista, conflictivo heredero de las igualitaristas de la modernidad; si el patriarcado es considerado como categoría central, la posición derivará en el sentido de lo que se ha dado en llamar feminismo radical.

La absolutización de la categoría conducirá, por una parte, a las anglosajonas, a considerar que el patriarcado se asienta sobre el control masculino de la capacidad reproductiva de las mujeres. Para Firestone "... la opresión de las mujeres está relacionada de manera directa con su biología."¹² La desigualdad, remitida a la biología, hallará para Firestone la solución en la "liberación" de la mujer de los embarazos por la vía de la tecnología. Si el patriarcado constituye el eje, la historia es historia de la guerra entre los sexos.

Delphy lleva, también, la lógica del antagonismo entre los sexos al extremo. Cualquier "concesión" a la ideología patriarcal conduce a secundarizar el conflicto de género. Por eso su feminismo parte del -parfraseo- rechazo de todos los presupuestos de la ideología patriarcal. Desde la radical alteridad de las mujeres, el enfrentamiento con el patriarcado suelta todas las divisiones por él generadas. Se trataría, entonces, de sentar un nuevo principio de realidad.

Categoría de articulación y desarticulación, la de patriarcado nombra de alguna manera la fragmentariedad de ese universo del discurso que apelamos feminismo. Universo atravesado por múltiples contradicciones, discurso de suturas y no de recorridos, el feminismo no ha podido trazar un camino uniforme a partir del cual ligar lo disperso. Y esto no simplemente por la diferente procedencia disciplinar de sus teóricas; o por la constante voluntad de ruptura que parece habitar los grupos de mujeres en el campo de la política. Más bien es nuestra hipótesis- porque el feminismo se constituye sobre las rupturas de una forma de racionalidad, a la vez que, paradójicamente, ostenta signos indelebles de la modernidad.

Pareciera que, hoy por hoy, la razón se ha pulverizado en una multiplicidad de juegos de lenguaje. La Posmodernidad ¿o más bien habríamos de hablar de crisis de la modernidad? se muestra como espacio de dispersión en el que se apuesta a fin de la política, de la utopía y de la historia, muerte de las ideologías y fin de la función de los intelectuales.

Pareciera que vivimos en el mundo de lo heteróclito, donde todo principio de codificación fracasa dejando tras de sí las huellas, los espacios inconmensurables. Sin embargo, como afirma Rossana Rossanda: "... Para mí el viejo Marx todavía sirve, la historia corre, no se precipita en indecifrables esquirlas, y con esto continuo ...".¹³

Obviamente, todo discurso referido mienta las condiciones de su enunciación. Para nosotros se trata de esto: efecto de reconocimiento, pero también perspectiva crítica que permita avizorar, tras este aparente montón heterogéneo, algún recorrido.

Las antinomias de la política feminista. "Lo personal es político"

El feminismo liga dos espacios comunicables en el orden del discurso político. "Lo personal es político" es la afirmación que recorre tumultuosamente las distintas corrientes del feminismo. Afirmación de la política desde un espacio externo a la política; afirmación que sutura dos espacios diferenciados por la historia.

La dominación ejercida sobre las mujeres es política, por cuanto nombra el ejercicio del poder en la organización parental y afecta, exactamente a la mitad del género humano. Nuestra opresión no nos es propia en cuanto individuos aislados, sino común, generalizable. Sin embargo se ejecuta en un espacio separado, remite a lo más personal del sujeto, su sexualidad, su cuerpo. De allí la modalidad organizativa del feminismo y sus efectos revulsivos sobre la vida de los sujetos, no solo en cuanto a sus identidades individuales. Afirma Carla Pasquinelli: "... lo femenino es el lugar de remoción de lo humano, el fin de esta remoción, sellado por el acceso a la historia del sujeto mujer, no puede dejar de poner en discusión la totalidad de la existencia, que hoy aparece como el producto de una mitad de la humanidad."¹⁴

La despolitización moderna del mundo de la reproducción -lo privado- produjo como efecto complementario la ilusión de inmediatez y naturalidad

de las relaciones intergeneracionales e intersexuales de poder y subordinación. La familia, considerada unidad natural de la reproducción biológica de la especie, refuerza la identificación entre mujer-naturaleza-inmediatez. La mayor parte de las críticas feministas -desde Delphy hasta Amorós- producen una perspectiva corrosiva respecto de la posibilidad de identificar, sin más, mujer y naturaleza, y división sexual del trabajo y división natural del trabajo. Es precisamente la regla simbólica de prohibiciones y permisiones, el sistema clasificatorio de la cultura, el que tiende a oponer "mujer-naturaleza" a "varón-cultura".¹⁵

Las relaciones de parentesco están inscritas en el orden simbólico. Ahora bien, la dificultad consiste en que ... la regla, el orden simbólico es identificado sin más con el orden masculino que, por la vía de la prohibición del incesto, constituye el lenguaje como orden del intercambio de las palabras, y de la cultura como orden del intercambio de las mujeres. Los procesos semióticos pulsionales estatuyen un orden específicamente femenino.

La familia, inscrita en el orden simbólico del intercambio, es objeto de una crítica que la desmascara como sujeta al orden masculino de la dominación. Las mujeres, al rescatar el cuerpo, pueden inscribirse en una lógica diferente: la de lo semiótico-pulsional. Sin embargo, he aquí la dificultad en la que naufragarán muchas teorías feministas: lo simbólico muestra una distancia diferencial, un descentramiento que constituye la condición de la posibilidad de inscripción del sujeto en el orden del lenguaje. Llevar al extremo la lógica de la diferencia conduce a lo que Benoist ha calificado de ... "monadismo de lo incomunicable".¹⁶

Tal es el efecto de inversión producido por la crítica feminista de la economía doméstica y de la política masculina. La expulsión de la inmediatez y la transparencia del mundo privado de la familia retorna bajo la forma de organización política a través de una nueva inmediatez: la del fraternalismo feminista.

Esto es: la crítica política de la economía doméstica produce la despolitización de la política. Lo inmediato-familiar muestra la trama simbólica que lo atraviesa; lo mediato-político deviene, por efecto de inversión, instancia de hallazgo de una nueva inmediatez: "... la hermandad (entre hermana y hermana) fue descubierta en los inicios del feminismo, en la búsqueda de puntos de igualdad específica entre mujeres. Todo aquello que nos ligaba y nos volvía iguales. También contraponernos a

lo que nos dividía ...".¹⁷ La acentuación de la diferencia generaría un nuevo principio identificatorio entre las mujeres frente al mundo del varón.

La "pequeña diferencia" nos iguala y nos excluye; nos iguala por encima de los fraccionamientos de la cultura masculina y nos excluye a un tiempo anterior a la historia. Resulta ejemplificadora la afirmación de Franca Basaglia: "La hembra del hombre no tiene más historia sino aquella que es siempre idéntica a su subordinación ... su historia se inicia cuando la mujer comienza a luchar por conquistar una humanidad más completa y jamás poseída ...".¹⁸

La diferencia traza una nueva frontera de aislamiento en torno de la supresión de la mediación, de la historicidad y de la cultura. Igualadas, paradójicamente, en el espejo transparente de la naturaleza sin distancia, la diferencia se resuelve en la identificación imaginaria con una historia diferente acontecida al margen, en un margen gracias al cual carecemos de historia e ideología, un límite por el cual "quizá hay que ser mujer" ... última garantía de humanidad, guardianas celosas del principio de la vida frente al mundo abstracto y masculino del poder y de la muerte.¹⁹

A partir de la interpelación a las mujeres en función de su condición de género, el feminismo se presenta como portador de una nueva utopía totalizante de transparencia. La política masculina, basada en la representación, estatuye el orden de la dominación y del dominio. La nueva política feminista diluye la representación en la identidad entre sujeto y objeto de la revolución.

"Una de las numerosas cosas que distinguieron desde el principio a las feministas de la extrema izquierda es la relación entre el sujeto y el objeto del discurso y la práctica revolucionaria. Los grupos de extrema izquierda luchan por la liberación de un proletariado del cual no forman parte ... Nosotras, las feministas, no luchamos por otros, ... cuando hablamos no es en nombre de ... ni en lugar de otros, sino en nuestro nombre y nuestro lugar."²⁰

Desde otro ángulo del conflicto intergenérico, el de la sexualidad, la solución se realiza a partir de la identificación narcisista con otras mujeres expulsando la diferencia a un mundo-otro. Nuestra diferencia es tal, nuestra alteridad tan absoluta e incomunicable, que la única relación posible es con otra que soy yo misma, mi hermana. Propuesta de retorno a la unidad, el lesbianismo puede enunciarse como respuesta personal, sin lugar a

dudas, pero no puede pretenderse como posición política. Abstencionismo o lesbianismo como forma de exclusión del varón nos colocan en el círculo cerrado de la diferencia irreducible desde la cual es imposible el acceso a la totalidad, e incluso a la política.

El feminismo muestra, por la vía de sus fragmentaciones y paradojas, la imposibilidad de anudar, sin más, lo personal y lo político.

La escisión -reconocida por las feministas socialistas- entre público y privado, entre producción y reproducción, es efecto de la praxis histórica de los sujetos, condición siempre ya dada de su constitución. Los sujetos se encuentran ante condiciones históricas que no han elegido. De allí el carácter imaginario de la apelación a este nuevo sujeto revolucionario para encarar la resolución de todas las contradicciones. Escindidas en múltiples posiciones de sujeto, las mujeres solo pueden unificarse por la vía del incesante desplazamiento de la contradicción a otros espacios. A saber: por el desplazamiento de la transparencia de las relaciones personales a la política a través de la organización fraternal de las mujeres, o por la identificación entre sujeto y objeto del discurso y la praxis revolucionaria. El nuevo sujeto estalla, se pulveriza en una multiplicidad de posiciones de sujeto no-reducibles las unas a las otras. Esto es: la unidad ilusoria ha de ser reemplazada por el reconocimiento de los límites históricos que estatuyen las condiciones de posibilidad para la práctica política.

El feminismo de la diferencia radical, al considerar a las mujeres como objeto del dominio masculino tiende a situarse en el hiato que separa este tiempo del tiempo del dominio, un tiempo que "... es siempre presente, siempre igual a sí mismo".²¹ De allí la radical alteridad, la necesidad de -parafraseo a Basaglia- conquistar una nueva inocencia, el juicio no corrompido por la ideología. Apropiarse de una palabra absolutamente otra, ligada a la práctica, a lo concreto; de un lenguaje capaz de recuperar la inmediatez en palabra transparente que redima el cuerpo de la asignación de funciones históricamente construidas: "... a través el cuerpo para llegar a proponer un cuerpo natural y una figura social nacidos de la ruptura de la identificación que *artificialmente* fue creada."²²

La incommensurabilidad de la diferencia induce a la búsqueda de un comienzo que posibilite la creación de un nuevo espacio de transporte. Solución imposible que coloca al feminismo ante el desafío de reconocerse en el fragmento impugnatorio

o bien sumergirse en el imaginario de una totalidad recuperada fantasmáticamente. La unidad de las mujeres se inaugura en este origen que nos instala en la inmediatez de lo concreto, ante una palabra femenina ajena a la palabra hipercodificada del varón, extraña a su cultura y a su historia.

El rechazo toma forma política bajo la consigna de separatismo. Primera forma de la política feminista. "El feminismo surge de una ruptura, por primera vez pone en juego el carácter específico y particular de la condición de la mujer, estableciendo la necesidad de una separación total de los otros movimientos políticos."²³ La separación equivale a la construcción de una frontera entre la historia masculina de la dominación que unifica nuestros cuerpos y nos sitúa en la naturaleza, ante la posibilidad de recuperar la inmediatez, lo concreto, una nueva subjetividad, dado que para esa otra historia solo habríamos sido objetos. Pensamiento y práctica de ruptura, el feminismo de la diferencia remueve, pero queda preso en la utopía de la unidad especular de las mujeres consigo mismas.

Es precisamente esa dificultad para pensar la identidad de las mujeres como sujetas sujetadas, no unarias ni transparentes, sino exactamente subordinadas; no sometidas a una dominación externa, sino atravesadas por la ideología dominante, no solo reproducidas en ..., sino reproductoras de la subordinación genérica, lo que ha hecho de la protesta feminista una protesta subalterna.

La utopía feminista y el feminismo posible

El feminismo es extremo, unilateral, síntoma, corte. Y lo es inevitable, irrecuperablemente. Pone de manifiesto una contradicción que no puede ser resuelta ni subsumida. Un acontecimiento que muestra la imposibilidad de la recuperación y de la síntesis. Las mujeres no somos "absorbibles" en la identidad, tampoco podemos unificarnos en la diferencia.

De la irreducibilidad de la contradicción de género emerge su unilateralidad, la persecución obstinada de "... una autoconciencia ... en la que se lograría hacer tabula rasa de los valores patriarcales y llegar a algo así como el momento autoconstituyente de la conciencia feminista ... (Sin embargo) no hay más remedio que aceptar que la autoconciencia feminista pasa ... por la praxis ... y que está configurada por el predominio masculino ... la autoconciencia solo se logra a través de múltiples mediaciones."²⁴

De la crítica de la política burguesa, jerarquizada y autoritaria, formalizada en sus estructuras organizativas, emergieron los grupos de concienciación como su inversión ilusoria. La horizontalidad de los lazos en los grupos de concienciación produjo una nueva modalidad de jerarquía: los liderazgos informales que, al operar desde el lugar imaginario de la horizontalidad generaron prácticas arbitrarias -y por eso aún más autoritarias- de ejercicio de la autoridad. Judith Astelarra y Ana Sojo han sabido advertir este problema, señalando la necesidad de reconocer la mediación a través de la formalización del ejercicio de la autoridad, y la distribución democrática de funciones.²⁵ Formalización democrática y organización dual permiten no renunciar a los reclamos más específicamente políticos -en el sentido tradicional del término- de articular las demandas femeninas de cara al estado. El paso desde el separatismo hasta la autonomía permite recurrir a formas organizativas que, sin renunciar a los aportes de los grupos de concienciación, pongan de manifiesto sus límites a través del establecimiento de vínculos con partidos políticos y otros grupos sociales que permitan marcos más globales de acción.

Las mujeres hemos de recuperar la dimensión política, pues, como afirma Pietro Ingrao, nuestra alternativa es la generalización de la contradicción de género con su inevitable lastre de abstracción y renuncia, de concesión y condicionamiento o "... seguir siendo una forma de protesta subalterna".²⁶

Como bien dice Celia Amorós, "... en una sociedad igualitaria busquemos primero la igualdad y su justicia, y si alguna diferencia queda se nos dará por añadidura."²⁷

Tal vez la renuncia a la política, la irreducibilidad de algunas posiciones que hacen del feminismo un reclamo personal y ético, sean posibles en otras latitudes. En América Latina los movimientos de mujeres no se han reconocido expresamente en el discurso feminista, aun cuando sí en interpellaciones que articulan contenidos de género con otros contenidos ideológicos.

Nuestra alternativa hoy se ubica en el entrecruzamiento de las coordenadas que la historia específica de las formaciones sociales americanas marca. En los últimos años, en la Argentina, la emergencia de los nuevos movimientos sociales ha establecido lo cotidiano como espacio de articulación de reclamos políticos, ligados con el deterioro de las condiciones materiales de existencia de los sectores populares, y al terrorismo de estado

como modo de represión política. Los nuevos movimientos sociales se constituyeron como la forma de canalización de los reclamos ante la disolución del espacio político a partir del golpe militar del 24 de marzo de 1976.²⁸

Muchas mujeres se volcaron a la política portando reclamos procedentes de la vida personal. Lo personal -detención, desaparición del hijo, reproducción de la vida cotidiana- se transformó en político. Pero no hubo inmediatez alguna. Esos contenidos se ligaron con otros, procedentes de distintas ideologías, y adquirieron formas articulatorias específicas; dividiéndose según el eje de las contradicciones de clase, y de las contradicciones por la hegemonía en la sociedad civil y en la sociedad política.

El retorno a la democracia volvió a poner en el centro de la cuestión de la representación y del control del aparato del estado. A pesar de que el proceso de retorno a la democracia puso en evidencia la visibilidad de ciertas contradicciones específicas de género en el campo político, también mostró la recurrencia de viejos estereotipos: alto nivel de participación femenina y bajo porcentaje en el ejercicio de la representación.

En el campo de los derechos civiles ... todavía es demasiado lo que queda por conquistar. Hace casi dos décadas las italianas conquistaron el derecho al aborto. En Argentina la polémica ni siquiera ha comenzado. Es por esto que para nosotras el feminismo no puede ni debe renunciar a la lucha política.

Para ello habrá que tener presente el carácter no-unificante de las interpretaciones de género. La recuperación de la unidad entre la teoría y la práctica, entre lo productivo y lo reproductivo, entre lo personal y lo político, ha de mantenerse como idea reguladora, como utopía, en el sentido que Hinkelammert atribuye al término, no como posibilidad de efectiva realización en el mundo de la praxis.²⁹

El sujeto-mujer se constituye a partir de su condición subalterna. Las pretensiones totalizantes, la no aceptación de la fragmentariedad de nuestra historia como sujetos subalternos conduce a la paradoja de la inauguración de la historia desde un nuevo retorno a la naturaleza. Al lugar imposible de los orígenes matriarcales, o a la unidad especular del lesbianismo.

Dada la irreducibilidad del antagonismo que el discurso feminista formula, habremos de partir de la asunción de su carácter de interpellación fragmentaria que propone una nueva codificación de la política y de la cultura, pero no desde la tabula

rasa de un nuevo comienzo de la historia, sino desde estas precisas condiciones históricas.

Nuestra negación ha de ser negación determinada, no alteridad radical que nos coloque -una vez más- ante la alternativa de la supra o infrahistoricidad. Diosas o naturaleza. Viejo oficio de mujeres. De ahí que la vieja lucha por la igualdad siga teniendo, para nosotras, un sentido. Y también la lucha en el espacio simbólico, el único desde el cual es posible decir la diferencia.

Conclusión

El discurso de la modernidad había construido un espacio homogéneo de transporte, un lugar que unificaba las diferencias trazando sus homeomorfismos. Bajo la poderosa regla de la igualdad era posible incorporarse a la historia. Fue el caso de las primeras luchas feministas.

El segundo feminismo surge del límite, bajo la forma de una sutura que intenta ligar lo discontinuo. Se sitúa en el lugar imposible de interpelar a las mujeres desde su condición de género procurando, a través de este nuevo sujeto, unificar lo fragmentado por la historia. O bien iniciar un nuevo recorrido produciendo una frontera que permita la generación de una historia absolutamente nueva.

Surgido de la modernidad, y sin poder renunciar a la libertad ni a la igualdad como promesas incumplidas de la razón ilustrada, el feminismo es irrenunciablemente antagónico. Renunciar al antagonismo supone la búsqueda de una nueva inscripción, la del orden de la seducción o de lo semiótico pre-simbólico. Constituir un "... discurso del simulacro, estrategia de juego mítico."³⁰

La alternativa parece dibujarse entre asumir la crítica del héroe de la libertad y del conocimiento que los posmodernos han producido, o bien aceptar el riesgo del antagonismo, asumir los efectos periféricos e inesperados de las prácticas sociales sin pretendernos sujetos privilegiados, portadores de la "contradicción principal". Asumir los riesgos de la multiplicidad de posiciones de sujeto sin renunciar a la utopía de su articulación en alguna coyuntura histórica en que la multiplicidad de contradicciones produzca un estallido revolucionario. Sin duda ninguna revolución ha inaugurado otra historia, pero permanece como utopía del reino de la libertad, utopía reguladora, promesa incumplida de la modernidad bárbara y opresiva, pero también igualitaria y libertaria.

El combate se juega en el campo político, pero también en la testaruda negativa a aceptar nuestra exclusión del orden de lo simbólico; aun cuando esa exclusión se niegue como tal y nos seduzca desde la crítica de la lógica bipolar de la razón moderna, desde una lógica "femenina de la seducción".

Nuestro privilegio -el de las mujeres- sería el de la seducción y la regla. Ausentes de la ley, las mujeres carecemos de profundidad. Solo máscara, lo femenino goza del privilegio inexplicable y pródigo de la fecundidad. "La ironía -dice Baudrillard- se pierde cuando lo femenino se instituye como sexo, incluso y sobre todo cuando es para denunciar su opresión."³¹

Tal vez la modernidad haya generado la dialéctica antagónica entre libertad y opresión al instaurar un espacio formal de igualdad y ejercicio de las libertades burguesas bajo la forma del contrato. Tal vez, por eso, legalidad y transgresión no sean sino dos caras de la misma moneda, pero la ley instaura, al menos, un orden previsible de relaciones, un espacio de restricción de la pura arbitrariedad.

Baudrillard, europeo y nostálgico del refugio estetizante de la regla, impugna la legalidad, madre, según él, del antagonismo. La regla del nostálgico Baudrillard opera como "... cambio instantáneo de todos los destinos ... de un carácter social regido por un pacto aleatorio ... (un espacio para) la nostalgia de un destino más cruel, pero más fascinante ... más profundo que la exigencia racional de lo social en que se nos ha acunado."³²

Tal vez sea posible la regla en el plano del goce estético, o de las relaciones amorosas. El imperio de la regla en el campo político es, para nosotras latinoamericanas, una experiencia desgarradora y demasiado próxima. Cuando el juego de la política se juega bajo el signo de la arbitrariedad, el "cambio instantáneo de los destinos" no es efecto de luces, sino violencia; cuando la desaparición no es mascarada estética, sino figura política que dispone "aleatoriamente" de las suertes individuales y de la vida, la legalidad burguesa deviene ... tal vez menos profunda, pero irrenunciable. El orden de la ley, la racionalidad y lo simbólico son aquello a lo que no podemos renunciar. El espacio de la igualdad para formular nuestra diferencia.

Tal vez lo "femenino" se pierda y advenga sexo, tal vez sea una actitud ilustrada -como señala Baudrillard- suponer que el poder se ejerce y genera antagonismos y subordinación, pero a la vez incita a no renunciar a la utopía emancipatoria de las mujeres, al menos como idea reguladora.

Notas

1. Pensando en términos gramscianos, podríamos decir que el enfrentamiento abierto de la clase obrera contra el estado burgués debía ceder posiciones ante la necesidad de construir hegemonía sobre los sectores subalternos. Cfr. al respecto Portantiero, J. C. *Los usos de Gramsci*, México, Folios, 1982.

2. Levi-Strauss, Claude. *Seminario: la Identidad*, Barcelona, Petrel, enero de 1981, p. 11.

3. La realización del socialismo en un solo país a partir de la revolución de 1917, así como la oleada de derrotas del movimiento socialista en la década del 20 produjo el atrincheramiento del estado ruso como isla de la utopía realizada. Señala Pecheux: "El resultado fue la producción de nuevas fronteras visibles: en primer lugar la muralla que separa el interior del socialismo existente del mundo exterior del capitalismo. Frontera protectora contra el cerco militar, ... pero también frontera de contención interna ... y conjuntamente fronteras interiores nuevas que multiplican hacia el interior los dispositivos de muralla exterior." En "Delimitaciones, inversiones y desplazamientos", p. 110.

4. Esta observación tiene en cuenta la teoría de la cultura de la Escuela de Tartu. Si la cultura supone la estructuración de un mundo de nómima como particular recorte del mundo abierto de lo *realia*, el cambio en una cultura ha de estar sujeto a la reorganización del sistema codificante, en función del cual los elementos periféricos pasan a constituirse en el eje articulador de nuevas concepciones del mundo. Cfr. Lotman, J. *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1979.

5. Pecheux, M. *Ibidem*, p. 111.

6. Rossana, R. *Las otras*, Barcelona, Gedisa, 1982, p. 128.

7. Rossana, R. *Ibidem*, p. 42.

8. Delphy, C. "Patriarcat et féminisme". *Jornadas d'étude sur le patriarcat*, Barcelona, U. A. B., 1980. La traducción es nuestra.

9. Saraceno, Ch. *A favor de la mujer*, Madrid, Zero, 1979, p. 58.

10. Las dificultades están dadas por la inscripción de la categoría en dos tradiciones diferentes: la marxista y la radical. Para Engels, el patriarcado es la modalidad de la organización de las relaciones familiares en las sociedades con producción de excedentes. Es por lo tanto una categoría subordinada a la de modo de producción. Para S. Firestone, en cambio, el patriarcado fractura la sociedad en dos clases sexuales y constituye su categoría central de análisis. La problemática del patriarcado es retomada, desde una perspectiva que intenta ser superadora, por Z. Eisenstein: "Hacia una teoría del patriarcado capitalista y el feminismo socialista" (versión castellana del artículo, aparecido en *The Insurgent Sociologist*, 7, No. 3, primavera de 1977). Se puede ver además la perspectiva de C. Delphy, *Op. cit.*; y un artículo sobre la relación entre patriarcado y estado desde

una perspectiva política feminista: Astelarra, J. "Patriarcado, estado, ideología y política", en *Jornadas sobre el patriarcado*, Barcelona, U. A. B., 1980.

11. Serres, M. "Discurso y recorrido", en Levi-Strauss, *Ibidem*, pp. 23-51.

12. Cfr. Eisenstein, Z. *Ibidem*, p. 29.

13. Rossana, R. *Ibidem*, p. 12.

14. Pasquinelli, C. "Movimiento feminista, nuevos sujetos y crisis de marxismo". *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI, 1986, p. 143.

15. Véase al respecto Delphy, C. *Op. cit.*, y Amorós, C. "Sobre la ideología de la división sexual del trabajo", en *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos, 1985.

16. Levi-Strauss, C. *Ibidem*, p. 367.

17. Testimonio de Lidia Campagnano en Rossana, R. *Ibidem*, p. 116.

18. Basaglia, F. *Una voz: reflexiones sobre la mujer*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1986.

19. Parfraseo el título del libro de Carmen de Eleia-beitía: *Quizá hay que ser mujer*, Madrid, Zero, 1980.

20. Delphy, C. *Ibidem*, p. 311.

21. Basaglia, F. *Ibidem*, p. 22.

22. Basaglia, F. *Ibidem*, p. 92. El subrayado es nuestro.

23. Basaglia, F. *Ibidem*, p. 66.

24. Amorós, C. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, ed. cit., p. 312.

25. Sojo, Ana. *Mujer y política. Ensayo sobre feminismo y el sujeto popular*. San José de Costa Rica, D. E. I., 1985. Se puede ver en esta obra un capítulo acerca de la especificidad de los problemas de la organización feminista en relación con la articulación de las contradicciones de clase y género. Las dificultades de las mujeres para encarar la problemática de articulación de demandas más generales -procedentes de lo estrictamente público-, así como para encarar la problemática del poder, tal como este ha sido ejercido desde los partidos o el estado, se puede ver en Kirkwood, J. "Feministas y políticas", *Nueva Sociedad*, Caracas, No. 78, jul-ago 1987.

26. Testimonio de Pietro Ingrao en Rossana, R. *Ibidem*, p. 198.

27. Amorós, Celia, *Ibidem*, p. 317.

28. La bibliografía acerca de la participación femenina en los nuevos movimientos sociales y en la política en épocas recientes, es vasta. Se puede ver al respecto: Bousquets, P.: *Las locas de Plaza de Mayo*, Buenos Aires, El Cid, 1982; Calvera, L.: *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires, G. E. L., 1990; Casas, Nelly: "Los partidos políticos y la mujer", en *Formación política para la democracia*, Vol. 2, Buenos Aires, Redacción, 1983, pp. 529-538; Jelin, E. y Calderón, F.: *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*, Buenos Aires, CEDES, 1987; Feijoo, M. del C. y otras: "La mujer en la política", en *Formación política para la democracia*, Vol. 1, Buenos Aires, Redacción, 1983; Feijoo y Cogna, M.:

Las mujeres en la transición a la democracia, Buenos Aires, C. E. A. L., 1984; Feijoo, M. del C.: *Mujer y política en América Latina: el estado del arte*, Buenos Aires, oct. de 1987; Leis, Ricardo: *El movimiento por los derechos humanos y la política argentina*, Bs. As., C. E. A. L., 1985, y Vitale, Luis: *La mitad invisible de la historia*, Sudamericana, Planeta, 1987.

29. Hinkelammert, F. *Crítica a la razón utópica*, S. José de Costa Rica, D. E. I., 1985.

30. Baudrillard, Jean. *La seducción*, Buenos Aires, Rei, 1989.

31. Baudrillard, Jean. *La seducción*, Buenos Aires Rei, 1989, p. 23.

32. Baudrillard, Jean, *Ibidem*, p. 143.

Alejandra Ciriza
Bajada del Cerro S/O
5.500 - Mendoza
Argentina